

Introducción

Tony Morrison

Lizzie Hessel, la autora de estas cartas fascinantes, vivió durante la edad de oro del Imperio británico y de la influencia que éste ejercía sobre los asuntos globales. En su infancia, grandes figuras políticas de la talla de Gladstone y Disraeli se alternaban en el número 10 de Downing Street, la residencia del primer ministro, y cuando el general Gordon, el arquetipo del héroe victoriano, fue asesinado por los fanáticos Mahdi en Jartum,¹ la nación entera entró en luto. En 1887, cuando Lizzie era aún una niña, Victoria, la venerada reina y emperatriz, celebró su jubileo de oro; diez años más tarde, mientras la joven señora Hessel se encontraba a mil millas de distancia sobre el Amazonas, ansiosa por recibir noticias de su casa, se repitieron toda la pompa y el boato para festejar el jubileo de diamante. Extensas zonas del mapa estaban coloreadas de rojo -de una forma u otra, casi una quinta parte de la superficie global estaba bajo el dominio británico-. Si bien había pocas colonias británicas en América del Sur y América Central, donde predominaban los intereses españoles y portugueses, la influencia comercial del Reino Unido, con vínculos estrechos con la ciudad de Londres, seguía siendo fuerte. Fue entonces, en 1896, en un clima de optimismo excesivo, cuando Lizzie y su

1 Morrison se refiere a los partidarios de Muhammad Ahmad (1844-85), llamado el Madhi, líder religioso del actual Sudán, cuya capital es Jartum [Nota de la editora en castellano].

marido Fred emprendieron viaje hacia las ricas selvas de caucho con un contrato de una empresa que tenía su sede en Londres. Eran jóvenes, osados y ambiciosos: su meta, como la de los conquistadores cuatro siglos antes, era sencillamente hacerse ricos.

Si Lizzie no hubiera sido integrante de una familia grande y estrechamente unida, tal vez su historia jamás se habría escrito. Las de muchos otros viajeros intrépidos de la época, que fueron a izar la bandera en algún remoto puesto solitario, nunca fueron de hecho registradas. Pero Lizzie estaba decidida a mantener el contacto con su familia en su país, y también se mostraba ansiosa de compartir con ellos algunos de los extraños lugares de interés y las experiencias de su nueva vida. Además de llevar un diario personal, que tristemente se perdió en un accidente, escribió cartas, la mayoría de las cuales, sorprendentemente, ha sobrevivido. El correo entre Londres y Bolivia podía tardar hasta seis meses en llegar a destino; de hecho, no siempre llegaba, dado que estaba sujeto a los peligros propios de los métodos precarios de transporte que se empleaban en ese terreno inhóspito. Sin embargo, las cartas llegaban, fueron leídas y releídas, sobre todo por Nell, su hermana menor, quien atesoraba ese legado de la vida corta pero llena de incidentes de Lizzie hasta su propia muerte en 1975.

Es gracias a la sobrina nieta de Lizzie, Ann Brown, que estas cartas se están publicando ahora. Los padres de Ann se las mostraron por primera vez hacia fines de los años setenta; e, intrigada por lo que leía en las hojas desteñidas, Ann pidió a una amiga cercana, Anne Rose, que la ayudara a investigar más a fondo la historia de Lizzie. Empezaron consultando archivos en Londres, para luego extender el alcance de sus exhaustivas investigaciones a otros lugares del mundo. El doctor John Hemming de la Sociedad Real Geográfica, sabiendo de mis viajes a lo largo de los afluentes del Amazonas que son centrales en las propias experiencias de Lizzie, me puso en contacto con Ann Brown y, con el tiempo, emprendí la fascinante tarea de poner las cartas de Lizzie en contexto.

El río Manu, donde Lizzie pasó la Navidad de 1897, se conoce hoy por su rica vida salvaje y por los problemas asociados de conservación, y además por la hostilidad de los indígenas de la selva; se encontraba sobre una ruta que yo seguí con mi esposa en 1969, mientras hacíamos una película. Pasamos quince días subiendo por el Manu en canoa hasta que nuestros guías nos advirtieron que sería peligroso continuar. Nos estábamos dirigiendo a un pasaje entre los dos ríos, que se encontraba bien escondido dentro de la selva tropical. Teniendo en cuenta que un grupo de geólogos que buscaban petróleo había sido atacado el año anterior, decidimos que lo aconsejable sería la prudencia y volvimos río abajo al campamento. Fue entonces cuando nuestros guías demostraron aún más prudencia y nos abandonaron.

A la mañana siguiente encontramos huellas humanas a diez pasos de nuestro refugio. En algún lugar, no muy lejos de ahí, había indígenas observándonos. Creíamos que los merodeadores nocturnos habían sido indígenas amahuacas,² que tienen la mala fama de atacar a intrusos, pero posteriormente se sugirió que había sido otra tribu: los yaminawas. Las dos tribus habían sufrido a manos de los recolectores de caucho y, comprensiblemente, no sentían ningún amor por los blancos. Retrocedimos rápidamente y, de vuelta en la base, mi esposa recibió felicitaciones. Aparte de un misionero que había llegado en una avioneta, según nos contaron los expertos en el río, Marion había sido la primera mujer blanca en aventurarse tan lejos río arriba. Por lo tanto, unos años más tarde, al ver por primera vez las cartas de Lizzie, nuestra sorpresa fue superada únicamente por nuestra admiración, dado que hacía algo más de medio siglo que esta dama victoriana había logrado completar el mismo viaje peligroso y arduo en el que nosotros habíamos fracasado.

Puede que varias de las cartas pasaran por alto, cosas que a nosotros nos producirían alarma u horror hoy en día. Pero Lizzie escribía a su familia, y podemos suponer que no quería preocuparlos con detalles de enfermedad y miseria; más bien ella quería hablar de cuestiones que les pudieran interesar, tales como la vida salvaje del Amazonas o su propia vida social. Hoy en día nos es fácil sentir y expresar nuestra indignación acerca de la injusticia, pero no deberíamos juzgar a Lizzie desde el punto de vista actual. Ella pertenecía a una sociedad diferente, en la cual las mujeres aceptaban de modo general la noción de la sabiduría superior de los maridos y de los padres; y, aun cuando el movimiento sufragista estaba en sus inicios, había miles de mujeres que se oponían categóricamente a él. Lizzie estaba pues condicionada a no indagar, a no emitir juicio en asuntos que no eran vistos como parte de la esfera de influencia de una mujer.

El único aspecto del carácter de Lizzie que revelan estas cartas y que parece extraño es su curiosa falta de verdadera piedad hacia las criaturas por las que muchas damas victorianas habrían opinado que eran merecedores de afecto y protección, es decir, los niños y los animales. Habla en detalle de sus mascotas, pero cuando mueren o cuando se pierden su pena es mínima, y dura solamente hasta que llegue el reemplazo. Sus comentarios acerca de la pequeña criada que comía su vestido nacen más de un espíritu de curiosidad que de uno de lástima. Los azotes habituales dados a los indígenas, que en un principio la escandalizaban y asqueaban («dos niñas y un niño [...] fueron encadenados y golpeados tanto que quedaron exhaustos y ya no lloraban [...] me sentí tan mal que tuve que alejarme de la

2 Se han conservado todos los nombres tal cual aparecen en la versión original, aunque en algunos casos la grafía de los etnónimos o hasta los propios nombres hayan variado en la actualidad [Nota de la editora en castellano].

casa») se volvían más aceptables: «[E]s el único remedio, no le temen a otra cosa». A lo mejor, estaba simplemente repitiendo las ideas medidas en su cabeza por Fred u otras personas involucradas en el negocio del caucho. Por otra parte, parece haber mantenido relaciones amistosas con algunos de los niños indígenas, y haber cuidado a los indígenas cuando enfermaban de fiebre amarilla.

Si hay una cosa que la historia de Lizzie me ha demostrado cabalmente es que la mayoría de los lugares supuestamente inexplorados de Sudamérica fueron visitados hace muchos años por viajeros como ella. Valientes y estoicos, se sentaban, a menudo en condiciones espantosas, a escribir de manera concienzuda esas cartas y esos diarios que dan vida a los crudos hechos de la historia:

Los mosquitos son terribles. Tenía hasta tres docenas en una hoja de papel y los maté mientras escribía esta carta, pero mi mirlo se los ha llevado: de otra manera te los habría enviado. Son deliciosos en la sopa, y en temporada comemos muchos.